

ERRI DE LUCA

El peso de la mariposa



Erri De Luca

El peso de la mariposa

Traducción del italiano por Carlos Gumpert



Seix Barral



Título original: *Il peso della farfalla*

© Erri De Luca, 2009

Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán

Publicado con el acuerdo de Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© por la traducción, Carlos Gumpert

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Christoph Oberschneider / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2022

Depósito legal: B. 13.339-2022

ISBN: 978-84-322-4110-9

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El peso de la mariposa

Su madre había sido abatida por el cazador. En sus fosas nasales de cachorro se clavó el olor del hombre y el de la pólvora del disparo.

Huérfano junto a su hermana, sin manada alguna cerca, aprendió por su cuenta. Creció una talla más respecto a los machos de su especie. Su hermana fue capturada por el águila un día de invierno y de nubes. Ella se percató de que estaba suspendida por encima de ellos, aislados en un prado al sur, donde aún resistía algo de hierba amarillenta. La hermana se percataba del águila incluso sin ver su sombra en la tierra, con el cielo cerrado.

Para uno de los dos no había esperanza. Su hermana se lanzó a la carrera en dirección al águila, y fue capturada.

Al quedarse solo, creció sin freno ni compañía. Cuando estuvo listo, salió al encuentro de la primera manada, desafió al macho dominante y lo venció. Se proclamó rey en un día y en un duelo.

Los rebecos no se emplean a fondo en sus enfrentamientos, el vencedor se establece tras los primeros choques. No embisten como los íbices o las cabras. Bajan la cabeza hasta el suelo e intentan introducir sus cuernos, ligeramente curvados, bajo el abdomen del adversario. Si la rendición no es inmediata, ensartan el vientre y lo desgarran tirando hacia atrás con el cuello. Es raro que lleguen a este desenlace.

Con él fue distinto, había crecido sin reglas y las impuso. El día del duelo lucía sobre ellos el magnífico cielo de noviembre y en la hierba había montoncillos de nieve fresca, en minoría aún. Las hembras entran en celo antes del invierno y traen al mundo a sus hijos en plena primavera. En noviembre se desafían los rebecos.

Entró en el campo de la manada de repente, surgiendo en lo alto con un brinco desde una roca. Las hembras huyeron con los pequeños de aquel año, se quedó el macho que pateó la hierba con las pezuñas anteriores.

En lo alto se amontonaron alas negras de cornejas y grajos. Suspendidas en las corrientes ascensionales, observaron el duelo abierto en forma de libro a sus pies. El joven macho solitario avanzó, golpeó con la pezuña en el terreno y resopló tajante. El choque fue violento y breve. Los cuernos del desafiante abrieron una brecha en la defensa y

el cuerno izquierdo enganchó el vientre del adversario. Lo dilaceró con un chasquido de desgarrro y en lo alto estalló el fragor de las alas. Los pájaros proclamaban al vencido a ellos destinado. El rebeco destripado huyó perdiendo las vísceras, perseguido. Las alas se retiraron del cielo y bajaron a tierra a devorarlas. La huida del vencido se quebró de golpe, clavó las pezuñas y cayó sobre un costado.

Encima del cuerno ensangrentado del vencedor se posaron las mariposas blancas. Una de ellas se quedó para siempre, por generaciones de mariposas, pétalo que se agitaría al viento sobre el rey de los rebecos en las estaciones de abril a noviembre.

Aquella mañana de noviembre se despertó cansado. Hacía muchos años que dominaba el territorio sin que nadie lo desafiara. Sus hijos, criados en la sociedad de las madres, no conocían su aspereza. Bajo su dominio, no había duelos. Los machos adultos se iban al exilio en busca de otras manadas.

Fue un tiempo de paz en su reino, se moría por la caza del hombre y del águila. A los depredadores, de valle abajo y del cielo, los rebecos les pagaban la deuda de habitar el reino. El hombre cargaba con su captura a hombros y se la llevaba al valle, el águila la consumía en el mismo sitio y

después tomaba carrerilla ladera abajo para alzar-se otra vez en vuelo.

El águila en el suelo es desmañada. Amodorrada por la comida es poco más que un pavo. Se aleja sobre sus cortas patas y antes de elevarse toca y rebota en el suelo unas cuantas veces. Un águila saciada en el suelo es vulnerable.

El rey de los rebecos mató a una sobre un altiplano. Esperó a que se amodorrara y la atacó después. El águila era incapaz de tomar altura, jadeando quedamente. La manada, estupefacta, había visto de lejos a su rey con el hocico en el suelo arrojar-se contra el águila que huía mientras caía una y otra vez. El rey, con un golpe de su cuerno izquierdo, la había ensartado a media altura mientras descendía. Herida, la había pisoteado después saltando sobre ella con las pezuñas, dejándola moribunda. Nunca se había visto nada así, en el reino de los rebecos.

Aquella mañana de noviembre se despertó cansado y supo que estaba en la última estación de su supremacía. Sus cuernos se rendirían ante los de alguno de sus hijos más decididos. Ya había tenido que herir a uno en el vientre, sin ahondar, a uno que pateaba impaciente. Alguno de ellos esparciría sus tripas por el prado y él se convertiría en unos despojos derrotados y vaciados. No debía terminar así, era mejor desapare-

cer, ese mismo invierno, y que nadie lo encontrara.

No dormía con la manada, ni siquiera en el otoño de la monta. Tenía distintos refugios nocturnos, excavados bajo pinos mugos, en cuevas colgadas sobre rocas friables adonde el hombre no podía subir ni con su olor siquiera. Bajaba hasta la manada a horas distintas, con la niebla, antes del alba, después del atardecer. No le daba a nadie la ventaja de poder preverlo. A su llegada, las hembras le salían al encuentro y los machos jóvenes doblaban la rodilla para rebajarse.

Aquel día de noviembre, el rey reconoció la decadencia. El corazón le latía con más lentitud de las doscientas pulsaciones por minuto, empuje que da oxígeno a los saltos ladera arriba y permite superarlos con ligereza.

Las pezuñas del rebeco son los cuatro dedos del violinista. Van a ciegas y no yerran ni un milímetro. Se deslizan por los barrancos, saltimbanquis en ascenso, acróbatas en descenso, son artistas de circo para el público de las montañas. Las pezuñas del rebeco se aferran al aire. El callo en forma de cojín hace de silenciador cuando se quiere; si no es así, la uña partida en dos es castañuela de flamenco. Las pezuñas del rebeco son cuatro ases en el bolsillo de un tahúr. Con ellas, la gravedad es una variante del tema, no una ley.